



La pandemia del 2020 en el debate teórico de las Relaciones Internacionales

Fabián Bosoer¹ y Mariano Turzi²

Recibido: 6 de mayo de 2020 / Aceptado: 10 de mayo de 2020

Resumen. ¿Podemos releer el encuadre geopolítico que proveen autores como Robert Kaplan y Robert Kagan para pensar la pandemia de la COVID-19 como un “problema ambiental” que guía/determina la acción política de los Estados-nación? En este artículo se exponen algunos de sus tópicos principales con el propósito de analizar los impactos de la crisis sanitaria que afectó a todo el planeta contraponiendo la mirada de la geopolítica determinista conservadora con una perspectiva de geopolítica crítica.

Palabras clave: pandemia de COVID-19; malthusianismo; globalización; medio ambiente; crisis sanitaria.

[en] The 2020 Pandemic in the Theoretical Debate in International Relations

Abstract. Can we re-read the geopolitical framework provided by authors like Robert Kaplan and Robert Kagan to think of the COVID-19 pandemic as an “environmental problem” that guides / determines the political action of nation states? This article presents some of its main topics in order to analyze the impacts of the health crisis that affected the entire planet, contrasting the perspective of conservative deterministic geopolitics with a reading of critical geopolitics.

Keywords: COVID-19 pandemic; Malthusianism; globalization; environment; health crisis.

[pt] A pandemia do 2020 no debate teórico das Relações Internacionais

Resumo. É possível ler a estrutura geopolítica sugerida por autores como Robert Kaplan e Robert Kagan para pensar na pandemia da COVID-19 como um “problema ambiental” que guia/determina a ação política dos Estados-nação? Este artigo apresenta alguns de seus principais tópicos para analisar os impactos da crise sanitária que afetou todo o planeta, contrastando a perspectiva da geopolítica determinista conservadora com o olhar da geopolítica crítica.

Palavras-chave: pandemia da COVID-19; Malthusianismo; globalização; meio ambiente; crise sanitária.

¹ Profesor e investigador en UNTREF/IDEIA, Buenos Aires, Argentina. Es editor jefe de Opinión del Diario *Clarín*.

E-mail: fabian.bosoer@gmail.com

² Profesor de Relaciones Internacionales en la UCEMA, Buenos Aires, Argentina.

E-mail: mturzi@ucema.edu.ar

Sumario. Introducción. 1. Un mundo “neo-malthusiano”. 2. Oriente-Occidente. 3. ¿Fin de la globalización? Conclusiones preliminares. Referencias.

Cómo citar: Bosoer, F., y Turzi, M. (2020). La pandemia del 2020 en el debate teórico de las Relaciones Internacionales. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 11(Especial), 153-163.

Introducción

Hace veintiséis años, Robert Kaplan escribió en *La Anarquía que viene* (Kaplan, 1994) que el crecimiento demográfico, las luchas étnicas y sectarias, las enfermedades, la expansión de las mega-urbes y el agotamiento de los recursos causarían los principales conflictos del siglo XXI. Anticipaba entonces que estos conflictos erosionarían la estructura política y el tejido social en todos los países del mundo. En ese momento tomó a África occidental como una metáfora exagerada de este proceso que, anticipaba, habría de cobrar escala planetaria. Los efectos políticos de las enfermedades contagiosas y la hambruna extendida o la miserable calidad de vida entre las poblaciones pobres de las grandes aglomeraciones urbanas, decía Kaplan, estaban apenas por empezar a verse en todas sus implicancias.

Robert Kagan, por su parte, advertía *El Retorno de la Historia y el Fin de los Sueños* (Kagan, 2008) sobre la emergencia de escenarios mejor explicados por la geopolítica del siglo XIX y comienzos del XX que por la de la segunda mitad de ese siglo: un regreso de la agresión territorial, el nacionalismo, el tribalismo y las disputas inter-imperiales. Diez años más tarde actualizaría —potenciadas— dichas proyecciones en *La jungla vuelve a crecer* (Kagan, 2018). El término “moderno”, en esta visión revisionista, remite a una celebración positivista del progreso. “Cuanto más modernos seamos nosotros y nuestras tecnologías, más mecanizadas y abstractas serán nuestras vidas y más probabilidades habrá de que nuestros instintos se rebelen y más astutos y taimados nos volveremos, aunque sea de manera sutil”, escribía Kaplan en *El retorno de la antigüedad* (2002).

De alguna manera, estas visiones anticipaban un escenario posible para el mundo posterior a la pandemia de COVID-19, que no promete un futuro armonioso de “civilidad cosmopolita multilateral”, como lo describía el internacionalismo liberal contemporáneo, sino un mundo quebrado, feudal y turbulento. El presupuesto filosófico subyacente es que la humanidad puede reprimir la barbarie pero no erradicarla. Según Kagan (2018), las teorías optimistas y teleológicas del progreso humano que implican un avance lineal de la humanidad hacia una condición geopolítica ideal son “un mito” y así deben ser entendidas. El mundo tal como lo conocimos, con comercio internacional fluido, abundancia de gobernabilidad multilateral y paz entre naciones poderosas es “una gran anomalía histórica”. Los avances de la humanidad “no han aportado mejoras duraderas en el comportamiento humano”. Recordando los años 1920-1930, Kagan señala que “la historia no ha conducido al triunfo del liberalismo sino a Hitler y Stalin”, queriendo señalar con ello que la creación del orden liberal ha sido “un acto contra la historia y la naturaleza humana” (Kagan, 2018, p.20). “No hemos regresado a la antigüedad, porque en cierto sentido nunca la dejamos”, reflexiona Kaplan un cuarto de siglo más tarde (Turzi, 2020).

Las narrativas geopolíticas que identifican a estos autores se centran en la relación entre los factores sociales y los “sistemas naturales” y en torno a los temas ambientales como amenazas de seguridad. Las interconexiones entre factores ambientales, población y conflicto son complejas analíticamente y más aún políticamente. Kaplan ha contribuido a explicar cómo estos argumentos se vuelven importantes en los procesos políticos de formulación de políticas exteriores y de seguridad. Pero como bien sabemos, los cursos de acción en política exterior dependen también de los discursos geopolíticos que se adopten y de cómo estos discursos moldean las interpretaciones del orden geopolítico contemporáneo.

Contemporáneamente a los autores citados, John Agnew y Geraoid Ó Tuathail propusieron definir a la geopolítica como una práctica discursiva por la cual los intelectuales de la política estatal “espacializan” la política internacional y la representan como un “mundo” caracterizado por tipos particulares de lugares, pueblos y dramas (Agnew, 2003; Ó Tuathail, 2002). Como apunta Ó Tuathail, la geopolítica se encuentra dentro de formaciones discursivas más grandes (discurso imperialista, discurso de la Guerra Fría y discursos sobre “el nuevo orden mundial” y el “cambio ambiental global”) (Dalby y Ó Tuathail, 2003).

La experiencia ambiental ¿determinará cada vez más la discusión sobre seguridad nacional y global? ¿Cómo se articula la “geopolítica viral” con otras amenazas de seguridad como crimen organizado transnacional, desigualdad económica y “Estados fallidos”? ¿Podemos releer el encuadre geopolítico que proveen autores como Kaplan y Kagan para pensar la pandemia de 2020 como un “problema ambiental” que guía/determina la acción política de los Estados-nación? ¿Se pueden repensar los presupuestos y omisiones analíticas de esta propuesta de aprehensión de la realidad en orden a clarificar los vínculos causales y recuperar un aporte para el análisis y la formulación no determinista o unidimensional de políticas públicas? En este artículo se exponen algunos de estos tópicos principales con el propósito de analizar la pandemia de COVID-19 en el contexto de la geopolítica del siglo XXI, contraponiendo la mirada de la geopolítica determinista conservadora contemporánea con una perspectiva de geopolítica crítica.

1. Un mundo “neo-malthusiano”

En 1798, Thomas Malthus (1766-1843) escribió en su libro *An Essay on the Principles of Population* (Malthus, Winch y James, 1992) un argumento en contra de su contemporáneo Godwin, que creía en el crecimiento ilimitado de la población. La teoría de la población de Malthus advirtió que mientras la población crecería geométricamente, los recursos alimenticios lo harían sólo en proporción aritmética, creando así las condiciones para una escasez en el largo plazo que requeriría un ajuste en la tasa de natalidad. Los principios de Malthus tuvieron gran influencia en el pensamiento de Darwin y Wallace acerca de la “lucha por la vida” como la fuente de la selección natural de “los más aptos”.

Más recientemente, las acciones humanas se han convertido en el principal impulsor del cambio climático global. Las temperaturas regulares, la disponibilidad de agua dulce y los flujos biogeoquímicos —debido a la creciente dependencia de combustibles fósiles y las formas industrializadas de agricultura— se ven alterados con un resultado que podría ser irreversible. Si las actividades humanas empujan

los sistemas biofísicos de la Tierra fuera de los equilibrios estables, las consecuencias perjudiciales o incluso catastróficas impedirían el desarrollo humano (Steffen *et al.*, 2006). Autores como Rockström (2009) retoman la tradición malthusiana con su marco analítico de “límites planetarios”, que definen el espacio operativo seguro para la humanidad con respecto al sistema de la Tierra y están asociados con los subsistemas o procesos biofísicos del planeta. Muchos subsistemas de la Tierra reaccionan de manera no lineal, a menudo abrupta, y son particularmente sensibles alrededor de los niveles de umbral de ciertas variables clave. Si se cruzan estos umbrales, las consecuencias son potencialmente desastrosas (Lenton *et al.*, 2008).

Malthus es ampliamente reconocido por introducir la concepción de escasez en la economía (Gammon, 2010). Según Kaplan, Malthus se equivocó en su teoría específica acerca de la escasez alimentaria, pero su punto más importante era que el hombre dependía del medio ambiente natural y de tal modo, su pensamiento ayudó a introducir el tema de los ecosistemas en la filosofía política contemporánea. En la última “crisis de recursos” importante de la década de 1970 por el *shock* petrolero, se generó un consenso alrededor de los “límites para el crecimiento”. Algunos elementos han recuperado *momentum* gracias a la noción de “límites planetarios”, que sigue la tradición y el legado intelectual de Malthus.

Su relectura actual indicaría que lo que nos espera es la interacción conflictiva entre ideologías y naturaleza y ello es lo que haría del actual un mundo “neo-malthusiano”. La pandemia evidenció que somos parte de un ecosistema planetario interconectado a pesar de todos los avances tecnológicos que sostienen nuestras certezas posmodernas. Y en este sentido, su impacto puede conducir a una reconsideración de la capacidad humana de dominar las fuerzas de la naturaleza y explotar los recursos que le provee el ambiente en su propio beneficio. Este encuadre de conocimiento geopolítico no es una descripción neutral: adapta y proyecta, o transforma, la imaginación política moderna, y la configuración del espacio global que pretende reflejar. Lo que para Kaplan es “natural” (el rol avasallante de los límites naturales a la actividad humana y la respuesta social competitiva y conflictiva) es, antes bien, una creación intelectual que en el mundo post-pandemia se articulará con instituciones y decisiones políticas de los líderes. Y es en ese gozne en que el discurso geopolítico de Kaplan formará parte de la política misma como una de las “nuevas visiones de gran éxito del espacio global” (Dodds y Sidaway, 1994; Ó Tuathail y Dalby, 1998; Agnew, 2003).

2. Oriente-Occidente

Distintos sucesos que signaron las primeras dos décadas del siglo XXI estarían mostrando una suerte de revancha de la historia “de tiempos largos” y de la geopolítica de comienzos del siglo XX, respecto de la pretensión liberal occidental de que el mundo bajo reglas institucionalizadas universales, asentado en las bases del sistema internacional de posguerra de los últimos 75 años fuera el resultado de una evolución natural e irreversible. El orden mundial liberal se ha revelado como una construcción frágil y no permanente. Kagan apela a otra imagen naturalista: como un jardín, (el orden mundial liberal) está siempre bajo amenaza de las “fuerzas

naturales” de la historia, una jungla cuyas vides y malezas constantemente amenazan con invadirlo (Kagan, 2018).

La historia cíclica y la geografía indomable estarían de vuelta “furiosamente” y entonces, se trataría de “aprender sus lecciones” para extraer las conclusiones “correctas” acerca de la evolución futura de estos mapas geopolíticos en transformación. Kaplan, en otro libro reciente, utiliza el viaje de Marco Polo a China a finales del siglo XIII como ejemplo para definir esta nueva geografía estratégica.

Marco Polo emprendió un largo viaje hacia Oriente, siguiendo una Ruta de la Seda por la que Europa extendería su influencia. En las primeras décadas del siglo XXI, el sentido de esta ruta está cambiando y el poder en el escenario internacional se está moviendo. Nuevas potencias emergentes luchan por imponerse, mientras que los países que antiguamente dominaban el mundo se enfrentan a nuevos desafíos. Eurasia, la “isla mundo” euroasiática a la que Halford Mackinder se refirió a principios del siglo XX, es el nuevo “pivote geográfico de la historia” (Kearns, 2009).

El mítico viaje medieval del mercader veneciano, de Occidente “a la conquista de Oriente” captura la esencia de este mundo peligroso e interconectado, una unidad fluida, caótica y compleja, de comercio y conflicto vinculada por una nueva Ruta de la Seda (Kaplan, 2019). Adicionalmente, la ruta de la COVID-19, originándose en China e irradiándose a Europa con epicentro en Italia sería otra muestra de ese “regreso al mundo de Marco Polo” que reproduce la oposición binaria naturalizada entre Oriente y Occidente, reemplazando a la URSS por China como superpotencia desafiante del liderazgo occidental, y le añade la contraposición entre dos tipos de sociedad/cultura completamente distintos en clave “choque de civilizaciones” (Agnew, 2003, p.134).

3. ¿Fin de la globalización?

Al igual que los ataques del 11-S de 2001 en los EE UU y la Gran Recesión de los años 1930, la pandemia de coronavirus es un *shock* económico y geopolítico que ya ha sido inicialado como un marcador histórico entre dos fases de la globalización (Kaplan, 2020).

En la primera fase, que duró desde el final de la Guerra Fría hasta la primera década del siglo XXI, la globalización se basó principalmente en la expansión comercial de los mercados, la construcción de cadenas de suministro globales, la ampliación y ascenso de clases medias mientras se aliviaba la pobreza extrema, se expandía la democracia y se incrementaban enormemente tanto las comunicaciones digitales como la movilidad global. A pesar de todos los reveses, como las guerras en África, los Balcanes y el Medio Oriente, la Globalización 1.0 fue básicamente una buena noticia para las visiones optimistas y kantianas del liberalismo occidental.

La segunda fase de la globalización es diferente. En la Globalización 2.0 se trata de mundos nuevamente separados en bloques de grandes potencias con sus propios recursos militares florecientes y cadenas de suministro separadas, divisiones sociales y de clase que han engendrado el nativismo y el populismo, junto con la recesión, angustia y malestar de las clases medias en las democracias occidentales. En resumen, es una historia sobre divisiones globales nuevas y resurgentes, más afín a

las perspectivas pesimistas y “hobbesianas”, en un contexto de mayor anarquía internacional.

La primera fase de la globalización comenzó a declinar hace unos años, mientras que la segunda fase ya ha estado en progreso durante algún tiempo: la segunda década del siglo XXI se caracterizaría por la superposición y mezcla entre las dos fases. La pandemia del coronavirus ha aparecido en un momento interfase y acentúa los procesos de separación que marcan esta segunda fase recesiva de la globalización, con un aumento de la rivalidad entre las grandes potencias, polarización y divisiones políticas en el seno de las sociedades nacionales, reacciones y respuestas populistas, cadenas de valor desacopladas. Un mundo más fracturado y más fragmentado.

En este contexto, la rivalidad entre las grandes potencias (Estados Unidos, China, Rusia) no será vista como una causa del desorden mundial sino como un elemento distintivo dentro del mismo. El sistema económico y tecnológico de Occidente es evolucionista, pero también es muy frágil y propenso a la interrupción o la disrupción, algo que esta pandemia ha expuesto de una manera nunca antes vista por su naturaleza planetaria y su desarrollo “en tiempo real”. China y Rusia tienen una ventaja comparativa en su tratamiento: pueden explotar esas debilidades. Pero sus sistemas tienen sus debilidades propias también. La naturaleza es ahora un factor que no existía durante la Guerra Fría, cuando competían Estados Unidos y la Unión Soviética. La Guerra Fría fue un conflicto estático por ideología. El resultado de estas nuevas luchas internacionales por poder y *status* no será tan lineal.

En la visión de Kaplan, los EE UU deberían mantener un “realismo moderno”, una política exterior “minimalista fuerte”, de “retracción robusta” o de “limitación estratégica”. “Si nos aventuramos al extranjero en busca de monstruos para destruir, no estaremos preparados para enfrentarnos a los verdaderos monstruos que están ahí fuera”, sostiene (Turzi, 2020). Pero como anticipaba Kagan, mantener el orden mundial liberal será “cada vez más costoso, materialmente difícil y moralmente problemático” (Kagan, 2018, p.315).

A medida que aumentan la desconfianza y los malentendidos, la guerra fría entre Estados Unidos y China tendrá un mayor efecto de fractura en la globalización. Estaríamos así a punto de presenciar una rivalidad multidimensional entre las grandes potencias en una era de “demonios globales”: pandemias, catástrofes relacionadas con el clima, ataques cibernéticos, muy diferentes de la lucha sobre la ideología que marcó la geopolítica de la Guerra Fría.

Pero todo eso es a largo plazo. En lo inmediato, los análisis más difundidos han coincidido en definir a la pandemia del coronavirus como el evento político, económico y psicológico que proporcionará una dirección para gran parte de la agitación geopolítica que es probable que veamos. Han coincidido también en advertir que la Globalización 2.0 se profundizará y estará con nosotros durante años. Que habrá crisis económicas, desencanto y sociedades en ebullición. Contemplan además el crecimiento de la tentación a edificar poderes autocráticos, los avances de las medidas de excepción y estado de emergencia. Y en las democracias, que habrá que convivir con las expresiones de nativismo y populismo que impregnarán la representación política y los comportamientos sociales. La devastación causada por el virus ya interactúa con tendencias desintegradoras pre-existentes.

Kaplan apoya su análisis (y prescripciones) en verdades que parecen tener validez empírica porque se apoyan en una concepción de la “historia” y la “geografía”

removidas de sus sesgos y contextos. La geopolítica de Haushofer utilizó el conocimiento geográfico para promover la fortuna militar y política del Estado alemán en sus pretensiones expansionistas, y la de Mackinder para tributar al imperialismo británico victoriano. Las representaciones de Kaplan y Kagan se corresponden con un mundo (des)ordenado, conflictivo, sin ordenador y en busca de nuevo paradigma de pensamiento y acción (Turzi, 2017).

Hay escenarios alternativos que pueden animar a los “optimistas” de la Globalización 1.0, aunque el *shock* planetario (sanitario y económico) no permita visualizarlos en el corto plazo. Si bien los nacionalistas y los populistas pueden beneficiarse al principio de las divisiones políticas instigadas por la pandemia, la crisis del coronavirus, junto con otros eventos catastróficos del mundo natural, derivados o no del cambio climático, a largo plazo puede ayudar aún más al desarrollo de una conciencia global, algo que ni Kaplan ni Kagan desconocen. Mientras más personas en todo el mundo experimentan los mismos traumas, incluso cuando están en contacto entre sí a través de los medios de comunicación y las redes sociales, más se sumergen psicológicamente en la sensación de pertenencia a una misma comunidad global y ello ejerce una poderosa influencia en las reconfiguraciones políticas.

Conclusiones preliminares

Para Ole Wæver y Barry Buzan (1998), la “securitización” designa el proceso de construcción de la seguridad mediante el discurso. Una cuestión se presenta como una amenaza existencial y —para hacer frente a esta amenaza— el poder demanda medidas de emergencia. Así, es la misma amenaza la que justifica acciones fuera de los límites normales del procedimiento político. A partir de la pandemia de COVID-19, la salud como vector internacional será redefinida por el poder estatal como un problema de seguridad estratégica que, factiblemente, “securitice” la vida social modificando pautas, hábitos y relaciones interpersonales.

La inclinación de la geopolítica crítica por recordarnos la construcción social de las teorías geopolíticas (Gray, 1999) no obvia el hecho de que muchas de estas teorías, pasadas y presentes, explican sólo una parte de la realidad. Si el modo en que comprendemos la seguridad deriva de nuestra visión del mundo y de la política, entonces la definición y delimitación (geográfica y política) del “problema ambiental global” serán objeto de controversia. El conocimiento del “entorno natural” nunca ha sido neutral. Las medidas propuestas para hacer frente a la pandemia global de coronavirus desde China a Estados Unidos y desde Brasil a Japón, están inextricablemente atravesadas por intereses creados y estructuras de poder profundamente imbricadas, sea en la creación y reproducción de las causas que lo generan, o en su transformación.

Los trabajos de Robert Kaplan y Robert Kagan adquieren una especial significación en este contexto, interviniendo desde un lugar central en la discusión académica más amplia sobre las geopolíticas del siglo XXI. Surgen de su lectura varios interrogantes. La representación que diseñaron en el imaginario geopolítico los artículos de George Kennan “Long Telegram” y “Mr X” acerca de la URSS ¿es comparable a la mirada de Kaplan y Kagan sobre China como “superpotencia desafiante”? Estas visiones son de especial utilidad para la geopolítica latinoamericana.

El ascenso de China parecía haber inaugurado un “consenso de los *commodities*” (Svampa, 2012) que implicaba la aceptación de nuevas relaciones ambientales y políticas asimétricas por parte de los países latinoamericanos en un nuevo orden geopolítico basado en la economía extractiva. Para Kaplan y Kagan esto no parece ser en absoluto relevante. Y más allá de la validación o refutación total o parcial de las premisas (Bassin, 2007), las visiones realistas parecen estar ganando lugar en el mundo de la política real, en las decisiones estratégicas de los principales actores.

Lo que se actualiza es la discusión acerca de la aparición del “entorno global” como objeto de análisis y prescripción de políticas (Thomas, 1992; Porter, 1995). La pandemia del coronavirus —como un hecho “natural” que escapa al control de las fuerzas humanas—, impacta en la agenda geopolítica global y en la reflexión teórica sobre la misma: el “mundo natural” pasará a primer plano de discusión y análisis, se impone como objeto de luchas políticas sobre la naturaleza. Kaplan está inscripto en la tradición de “geopolítica ambiental”; y sus escritos son útiles para navegar la “renegociación” que viene entre “la Tierra” y “lo humano” dentro de la tradición geopolítica clásica. Al igual que otros discursos geopolíticos, este ámbito demanda sus propios sistemas particulares de experiencia, instituciones gubernamentales y relaciones de poder (Dalby y Tuathail, 2003).

El verdadero test de una teoría es si sirve para abordar el mundo real. La pandemia global de 2020 se presenta como un caso para la contrastación empírica y la puesta a prueba de las premisas, presupuestos y horizontes normativos que postula el internacionalismo liberal. La perspectiva geopolítica determinista conservadora parece estar ganando lugar, traccionando sobre su matriz hobbesiana, en un mundo donde impera el “cada uno por sí mismo” (Bremmer, 2012) y que pronuncia un estado internacional de “todos contra todos” (Vincent, 1981; Grewal, 2016). Se respalda en la geopolítica clásica, que se ocupa explícitamente del poder y el conflicto entre actores unitarios y racionales llamados “Estados”, aunque ignora la estructura del poder dentro de los Estados como potencial restricción de las capacidades de poder y geoestrategia (Haverluk, Beauchemin y Mueller, 2014). Pero, ¿qué ocurre con los factores que no son “entre” ni “dentro” sino “a través” de los Estados, como un virus que se expande a escala planetaria, sin que existan los recursos suficientes para contenerlos?

Con la “caja de herramientas” analíticas del institucionalismo liberal, Robert Keohane y Joseph Nye (1988) explican claramente que algunas amenazas crean poderosas demandas de cooperación, ya que los Estados no pueden resolverlas por sí mismas. Las sociedades continuamente enfrentan incidentes en los cuales la coordinación eficiente es crucial, no solo para el bienestar social sino, en ocasiones, para la propia supervivencia. Las interdependencias mutuas y profundas de la globalización crean “vulnerabilidades mutuas” e intensifican la necesidad de cooperación entre los Estados. Un Estado que se protege por sí mismo de una pandemia global se encontrará vulnerable a la propagación de la enfermedad desde fuera de sus fronteras. Sin coordinación, será menos efectivo.

La acción colectiva global, en este contexto, debe contemplar con especial atención el problema del “eslabón más débil”, en el que los Estados son tan seguros como el eslabón más débil de la red, ya que el agente con peor desempeño determina el resultado de todos los agentes involucrados. Los Estados no pueden responder al desafío de una pandemia global con recursos exclusivamente nacionales. Cadenas globales de valor —según la teoría de la interdependencia— significan

dependencia de importaciones de suministros médicos, máscaras, productos farmacéuticos y máquinas.

La mayoría de los países carece de los medios propios para hacer frente al gigantesco desafío por su cuenta, y pocos o ningún Estado tienen la capacidad centralizada para recopilar la información necesaria sobre la enfermedad en todo el mundo, invertir en nuevas terapias o desarrollar la vacuna para detener al virus. Kenneth Oye (1986) lleva la teoría de juegos a las relaciones internacionales, explicando que si los actores cooperan, la situación más probable es un “juego de armonía”. Por el contrario, si los actores no cooperan, entonces la situación probablemente se parezca a un punto muerto, donde los actores tienen incentivos desaliñados e incentivos fuertes para no cooperar entre ellos. El resultado, en tal caso, termina perjudicando a todos, reduciendo los márgenes de juego “de suma cero”.

Como lo planteara Agnew (2003, p.157), tras demasiadas generaciones de determinismo geográfico global y de supremacía del Estado, los geógrafos políticos y especialistas en relaciones internacionales pueden elegir entre ser agentes de una imaginación geopolítica que ha acarreado múltiples desastres a la humanidad, o tratar de entender los rasgos comunes y las diferencias geográficas en sí mismas para situar a las sociedades como sujetos de su propia historia, en sus distintas dimensiones, reconociendo sus particularidades, sus necesidades compartidas, aspiraciones propias e intereses específicos. La diferencia, en este caso, entre entender al medio ambiente como una “fuerza hostil” con la que los humanos deben resignarse a lidiar disputando por la apropiación de recursos, o avanzar en la comprensión de los modos en que las fuerzas humanas “hostilizan” su propio hábitat hasta hacerlo inhabitable. Lo que ha tenido la pandemia de 2020 como momento propiciatorio para cambios de rumbo en el curso de la historia es que ha sentado a unos y otros a las “mesas de crisis” para discutir, evaluar y aportar criterios y medidas que permitan atenuar sus impactos y afrontar sus secuelas.

Referencias

- Agnew, J. (2003). *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial.
- Agnew, J., y Crobridge, S. (2002). *Mastering space: hegemony, territory and international political economy*. Londres: Routledge.
- Bassin, M. (2007). Civilisations and their discontents: Political geography and geopolitics in the Huntington thesis. *Geopolitics*, 12(3), 351-374.
- Bremmer, I. (2012). *Every nation for itself: Winners and losers in a G-zero world*. New York: Penguin.
- Buzan, B., Wæver, O., y De Wilde, J. (1998). *A new framework for analysis*. Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers.
- Dalby, S., Routledge, P., y Ó Tuathail, G. (Eds.). (2003). *The Geopolitics Reader*. Londres: Routledge.
- Dodds, K. J., y Sidaway, J. D. (1994). Locating critical geopolitics. *Environment and Planning D: Society and Space*, 12(5), 515-524.
- Gammon, E. (2010). Nature as adversary: the rise of modern economic conceptions of nature. *Economy and Society*, 39(2), 218-246.

- Gray, C. (1999). Clausewitz rules, The future is the past—with GPS. *Review of International Studies*, 25(5), 161-182.
- Grewal, D. S. (2016). The Domestic Analogy Revisited: Hobbes on International Order. *Yale Law Journal*, 125(3), 560-795.
- Haverluk, T. W., Beauchemin, K. M., y Mueller, B. A. (2014). The three critical flaws of critical geopolitics: Towards a neo-classical geopolitics. *Geopolitics*, 19(1), 19-39.
- Kagan, R. (2008). *El retorno de la historia y el fin de los sueños*. Barcelona: Taurus.
- Kagan, R. (2018). *The jungle grows back. America and our Imperiled World*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Kaplan, R. D.(2000). *La anarquía que viene: la destrucción de los sueños da la posguerra fría*. Barcelona: Ediciones B. (Primera edición en inglés de 1994).
- Kaplan, R. D.(2002). *El retorno de la antigüedad. La política de los guerreros*. Barcelona: Ediciones B.
- Kaplan, R. D. (2019). *El retorno del mundo de Marco Polo, Claves de la estrategia política americana para el siglo XXI*. Barcelona: RBA.
- Kaplan, R. D. (2020). Coronavirus Ushers in the Globalization We Were Afraid Of. *Bloomberg/Politics & Policy*, 20 de marzo. Recuperado de <https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2020-03-20/coronavirus-ushers-in-the-globalization-we-were-afraid-of>
- Kearns, G. (2009). *Geopolitics and empire: The legacy of Halford Mackinder*. Oxford: Oxford University Press.
- Keohane, R. O., y Nye, J. S. (1988). *Poder e interdependencia: la política mundial en transición*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Lenton, T. M., Held, H., Kriegler, E., Hall, J. W., Lucht, W., Rahmstorf, S., y Schellnhuber, H. J. (2008). Tipping elements in the Earth's climate system. *Proceedings of the national Academy of Sciences*, 105(6), 1786-1793.
- Malthus, T. R., Winch, D., y James, P. (1992). *Malthus: 'An Essay on the Principle of Population'*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ó Tuathail, G., y Dalby, S. (1998). Introduction: Rethinking geopolitics: Towards a critical geopolitics. En G. Ó Tuathail y S. Dalby (Eds.), *Rethinking geopolitics* (pp.1-15). London and New York: Routledge.
- Oye, K. A. (Ed.). (1986). *Cooperation under anarchy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Porter, G. (1995). Environmental security as a national security issue. *Current History*, 94(592), 218.
- Ramonet, I. (2020). Ante lo desconocido... La pandemia y el sistema-mundo, *Le Monde Diplomatique*, 2 de mayo. Recuperado de <https://www.lemondediplomatique.cl/ante-lo-desconocido-la-pandemia-y-el-sistema-mundo-por-ignacio-ramonet.html>
- Rockström, J., Steffen, W., Noone, K., Persson, Å., Chapin III, F. S., Lambin, E., ... y Nykvist, B. (2009). Planetary boundaries: exploring the safe operating space for humanity. *Ecology and society*, 14(2).
- Steffen, W., Sanderson, R. A., Tyson, P. D., Jäger, J., Matson, P. A., Moore III, B., ... y Wasson, R. J. (2005). *Global change and the earth system: a planet under pressure*. Berlin: Springer Science & Business Media.
- Svampa, M. (2012). Resource extractivism and alternatives: Latin American perspectives on development. *Journal für Entwicklungspolitik*, XXVIII(3), 43-73.

- Thomas, C. (1992). *The environment in international relations*. Londres: Royal Institute of international affairs.
- Turzi, M. L. (2017). *Todo lo que necesitás saber sobre el (des)orden mundial*. Buenos Aires: Paidós Argentina.
- Turzi, M. (2020). Diálogos a fondo, Robert Kaplan: “El Covid19 demuestra que la humanidad es solo una especie más en la naturaleza”. *Diario Clarín*, 12 de abril. Recuperado de https://www.clarin.com/opinion/robert-kaplan-covid19-demuestra-humanidad-solamente-especie-naturaleza-_0_Js5mTxGEs.html
- Vincent, R. J. (1981). The Hobbesian tradition in twentieth century international thought. *Millennium*, 10(2), 91-101.